—Señora, venid á cenar.

Nicea se le quedó mirando con horror.

El carcelero entonces se acercó á la lámpara de manera que esta bañase su rostro, se puso de espalda hácia la puerta que habia cerrado, y se levantó rápidamente la barba.

Nicea, que tenia fijos los ojos en él, exclamó:

—¡Vos!..... ¿sois vos, Lidon?.....

Y la alegría se pintó en su semblante.

—¡Silencio, por los dioses!—dijo Lidon volviéndose á arreglar la barba—vuestro carcelero va á entrar: tened ese papiro—añadió alargándole uno que ella guardó inmediatamente—que él os impondrá de todo.

No bien habia terminado Lidon de decir estas palabras, cuando se presentó el antiguo carcelero.

El jóven gladiador, manifestando un exterior severo, dijo dirijiéndose á Nicea:

—Cenad.

—Es inútil que se lo mandeis—contestó el viejo carcelero—no toma la comida hasta que yo no la pruebo.

—Pues siendo así, os dejo—dijo Lidon.—Es tarde, y vuestro amo no parece: volveré mañana.

—Como gusteis: teneis la desgracia de venir siempre cuando está fuera.

—Es verdad.

Y Lidon, despues de enviar una mirada de dulce esperanza á Nicea, se alejó calculando el medio de salvarla.

La encarcelada huérfana cenó á toda prisa para quedar sola.

El afan que tenia por saber lo que Lidon le decia en el papiro era imponderable.

El carcelero salió por fin, cerró la puerta, y Nicea desarrolló el papiro, se acercó á la lámpara, y leyó estos renglones:

"Lidon á su querida hermana Nicea. Los dioses y mi tenaz empeño han hecho que descubra el sitio en que os ha encerrado un malvado. Perdonadme el que aplique este calificativo al hombre que á pesar vuestro amais. Cómo lo he descubierto y he logrado penetrar hasta vuestro encierro, os lo diré cuando os liberte, que será pronto, sí, muy pronto; tal vez esta misma noche, si es que logro el plan que me he propuesto. Vuestro Dios os guarde y los mios me auxilien."

Nicea sintió el pecho henchido de alegría.

Aquello le parecia un sueño.

—¡Esta noche tal vez!.....—exclamó arrebatada de gozo.

Y la jóven cayó de rodillas bendiciendo á Dios por su infinita misericordia.

CAPITULO XXVII.

ASTUCIA DE LIDON.—BUEN ÉXITO DE UNA EMPRESA.

Lidon, deseando cumplir lo mas pronto posible la promesa de salvar á Nicea, se dirijia á una calle determinada de Pompeya.

Seguro de que si las cosas se presentaban favorables, aquella misma noche salvaria á Nicea, caminaba á toda prisa.

¿Cuáles eran los medios con que contaba para dar cima á su empresa, y cómo habia logrado penetrar en casa de Salustio y hacerse de la amistad del guardian de la huérfana?

Cosas son todas estas de que es preciso dar cuenta al lector.

Cuando Salustio y Lisipo se dirijieron al teatro, vimos á un hombre que les observaba de cerca. Tambien vimos que aquel hombre al oir decir á Salustio que respetaba á la actriz Flora porque iba á ser la esposa de un primo suyo, manifestó una sorpresa y una alegría marcadas.

Pues bien, aquel hombre era Lidon.

Ya hemos dicho que el jóven gladiador habia estado al servicio de un personaje en Roma.

Ahora diremos que en aquella casa conoció á un militar muy amigo de su amo, á quien le habia oido decir muchas veces que anhelaba volver á Pompeya para unirse á la actriz Flora, de quien estaba perdidamente enamorado.

Lidon, al oir á Salustio hablar de su primo, no dudó que era el mismo individuo que él conocia, y se propuso sacar provecho de aquella noticia.

El amante de la actriz le habia dado para esta una carta cuando marchó á Pompeya, y Lidon cumplió con tal exactitud su encargo, y le dió noticias tan lisonjeras de su amante, que la actriz, agradecida, le dijo que en cualquiera cosa que la creyese útil, la ocupase.

El gladiador se acordó de este ofrecimiento al oir el aprecio que le consagraba Salustio, y marchó á ver á la actriz.

—¿Qué os trae por mi casa, querido Lidon?—le dijo Flora.

—Deseo destinarme en casa de Salustio, y os pido una recomendacion.

—Con mucho gusto: os la voy á dar al instante.

La actriz Flora se sentó á escribir, y poco despues entregaba á Lidon un papiro para Salustio.

El gladiador, que con aquellos renglones no habia buscado mas que la manera de entrar á la casa del raptor de Nicea, se presentó á propósito en ella de noche, con gran barba postiza, y cuando sabia que Salustio estaba fuera.

—No está en casa—le dijo el portero la primer noche que se presentó preguntando por el libertino jóven.

—Pues le esperaré.

El portero, al ver la recomendacion de una persona á quien su amo distinguia singularmente, le dejó entrar, tratándole con mil consideraciones.

El sagaz Lidon entró en conversacion con todos los esclavos, se hizo de las confianzas del principal de ellos, y poco despues recorria todos los departamentos con él.

Lidon marchaba poniendo mucho cuidado, pero aparentando no ponerlo, por cada cuarto que pasaba.

Al ir á dirijirse hácia un pasillo aislado y estrecho, el que le acompañaba le dijo:

—No podemos ir por ahí.

Lidon comprendió que allí estaba Nicea; pero fingiendo la mas alta indiferencia, contestó con aire malicioso:

—Ya, ya veo que vuestro amo es lo que dice la apreciable actriz Flora, un conquistador de primera fuerza. Ahí tendrá alguna de esas seductoras bellezas que él rinde con tanta facilidad..... y por eso me habeis negado que está en casa. Pero me alegro que esté; porque así esperaré poco, y estoy seguro de que él me confiará sin reserva su aventura, como me confiaba todas su primo, el novio de Flora.

Todo esto dicho con un tono de seguridad y de indiferencia, hicieron creer al que le acompañaba, que Lidon debia alcanzar el favor de Salustio, y esto le hizo que le mirase con cierta distincion.

Lidon, que advirtió el efecto que habian producido sus palabras, añadió:

—¿Es verdad que no me he equivocado? ¿Es verdad que está con una conquista?

—En parte habeis acertado—exclamó seducido por la franqueza del gladiador, y tal vez queriendo captarse su amistad creyéndole próximo á ser el confidente de Salustio.

—¡Bien decia yo.....—dijo con maliciosa sonrisa Lidon.

—Esto es; hay, con efecto, en ese rumbo una jóven hechicera; pero en lo que no habeis acertado es en que esté mi amo, ni en que haya alcanzado hasta hoy el favor de la hermosa.

Lidon, que habia estado temblando por la honra de la huérfana, respiró al escuchar las últimas palabras.

—¿Será posible?...—dijo disimulando el placer que le inundaba el alma.—¡Vos os chanceais!.....

—No me chanceo, y voy á daros una prueba de confianza; pero venid por aquí; por donde nadie nos oiga.

Lidon, contento de su aventura, pero disimulando su alegría, siguió á su interlocutor, y este le contó en reserva, el rapto de Nicea y su heróica conducta.

—Lo que me contais me parece un sueño—dijo Lidon.—¡Resistir á un hombre tan rico y de tan bella figura! Estoy seguro que ella no es digna de un hombre como Salustio.

—¡Oh!..... sí: es hermosísima: os llevaria á verla con pretexto de la cena, si no hubiese cenado: pero tal vez la podais ver por la cerradura: venid: voy á quebrantar, por vos, la órden de mi amo.

Lidon siguió á su interlocutor, observando el sitio, sus entradas y salidas, y entonces pudo advertir que la pieza que servia de prision estaba cerca de la puerta secreta que daba á la callejuela en que vivia Eutiquia.

—Nada se ve—dijo el cuidador de Nicea despues de mirar por la cerradura.

Lidon se acercó, y con efecto, estando Nicea, como tenia de costumbre, sentada junto á a puer ta y dando la espalda á esta, era imposible verla.

—Ya la veré otra vez—dijo Lidon, fingiendo poco interes en verla.—En lo que debeis tener cuidado es en no olvidar jamas la llave de la puerta de la callejuela, porque está demasiado cerca.

—Eso no es de mi responsabilidad. La llave de esa entrada la lleva siempre consigo Salustio.

—Eso es otra cosa. Pero veo que vuestro amo tarda mas de lo regular, y yo tengo quehacer: volveré otra vez: los dioses os guarden.

Lidon estrechó la mano del carcelero de Nicea y salió á la calle, meditando en los medios de que podria valerse para salvar á la hermosa huérfana.

Acusar de raptor á Salustio y llevar á la justicia á que arrancase de su poder á Nicea, conoció que ademas de dar lugar á que se dudase de la virtud de la jóven, era exponerse á que Salustio dijese que ella habia entrado por su voluntad á su casa. Por otra parte ¿con qué derecho hacia él esa acusacion? ¿Qué lazos de parentesco le unian con la jóven? ¿No podia el mismo Salustio acusarle de haber sido él quien llevó á Nicea á su casa con el objeto de sacar mas tarde, de acuerdo con la jóven, provecho pecuniario?

Lidon conocia la distancia que habia de un oscuro gladiador á un personaje de la categoría de Salustio: comprendió que su acusacion pasaria por un ardid inícuo para sacar dinero; que en vez de alcanzar justicia para Nicea se exponia á ser castigado como un impostor, y se abstuvo de dar parte á la autoridad.

El noble gladiador se propuso entonces un plan mas conveniente y de mas fácil éxito. No comunicar á nadie, ni al mismo Olinto, su descubrimiento; seguir entrando de noche en la casa de Salustio; esperar de noche una coyuntura favorable para apoderarse de la llave que llevaba, amarrar al carcelero y salir con Nicea.

Todo esto era ciertamente difícil; pero Lidon no se arredró ante los obstáculos que comprendió se le presentarian. Firme en su propósito, empezó por escribir una carta á Nicea para entregársela cuando el carcelero le condujese, como le habia prometido, á la presencia de la huérfana, y siguió dirijiéndose á casa de Salustio, de noche, á la hora precisamente que sabia que no estaba en ella.

Hecho de las confianzas del carcelero, logró por fin penetrar en la prision de Nicea, como hemos visto, en la noche en que estamos de nuestra historia.

Sigámosle, pues, desde ese instante.

El generoso gladiador no habia conseguido hasta entonces encontrarse de noche á solas

en la calle con Salustio. Resuelto á apoderarse de la llave, le habia esperado en varios sitios; pero siempre le vió pasar acompañado de amigos.

—Hoy sí lograré mi objeto—decia poco despues de haber entregado la carta á Nicea, dirijiéndose á toda prisa hácia una calle determinada.—Todas las noches cena con Sostrata y Frigia, y hoy le he visto entrar solo, sin sus amigos: las circunstancias me favorecen. Nicea se verá libre dentro de un instante.

El generoso gladiador, dominado por estos nobles deseos, llegó á la calle á que se dirijia, y poco despues llamaba con suaves golpes á la puerta de una casa.

—¿Qué quereis?—preguntó el portero.

—Vengo á ver á mi amo Salustio que está cenando con Frigia y Sostrata.

El portero abrió.

—¿Venís á esperarle?

—No: á dejarle un recado.

—Creo que no estará en disposicion de entenderlo, ni de oiros, porque él, lo mismo que mis señoras, se han quedado dormidos en la mesa.

Lidon se alegró de aquella noticia que le ahorraba mil dificultades que él habia previsto, y que llevaba estudiado el modo de vencerlas.

—No le hace—contestó Lidon al portero,—le despertaré; le diré lo que tengo que decirle, y saldré despues de haber cumplido con mi deber.

—Teneis razon.

Lidon, caminando con precaucion y procurando no hacer ruido, se dirijió en busca del *triclinium*.

Como casa de donde la moral andaba desterrada, fácilmente llegó, fingiéndose criado de Salustio, hasta el comedor, sin que ningun esclavo de los que encontraba en el tránsito le molestase.

Lidon abrió con gran cuidado un poco la puerta del *triclinium*, y esperó un instante á ver si álguien hablaba.

Al notar que todo yacia en el mayor silencio, asomó con precaucion la cabeza.

Todo estaba en la mayor calma y desórden.

Los vasos y vistosas jarras de vino se veian tiradas sobre la mesa.

Salustio, reclinada la cabeza sobre esta, dormia profundamente.

Sostrata y Frigia, despeinado el cabello y semi-desnudo el seno, estaban en sus respectivos asientos entregadas á un sueño no menos profundo.

Lidon entró sobre las puntas de los piés y casi conteniendo el aliento, y se acercó á Salustio.

El generoso gladiador pidió interiormente á los dioses que nadie despertase en aquel momento, y al mismo tiempo buscaba en el trage de Salustio la deseada llave.

—¿Qué quieres?.....—balbuceó Salustio entre sueños, pero sin levantar la cabeza.

Lidon palideció, y acercó una copa de vino á la boca del epicúreo.

—No quiero mas, Frigia; déjame dormir—volvió á balbucear Salustio.

Lidon encontró en aquel instante la llave que deseaba.

Entonces, sin detenerse, salió del *triclinium*, y de este á la calle.

—¿Le habeis dejado el recado?—le preguntó el portero al abrirle la puerta.

—Sí.

El gladiador, dando interiormente gracias á los dioses, corria hácia la casa de Salustio.

—¡Oh!..... Nicea estará libre dentro de un momento!.....—decia interiormente el generoso Lidon, y apresuraba cada vez mas el paso.

Por fin llegó á la callejuela, á donde daba la puerta secreta de la casa de Salustio.

El carcelero debia estar durmiendo en el otro lado del edificio, y él podia penetrar hasta la prision de Nicea sin ser visto.

Lidon se acercó á la puerta, sacó la llave, la introdujo en la cerradura.....

No tuvo tiempo para mas.

Tres hombres enmascarados, arrojándose por detras sobre él, le sujetaron los brazos al mismo tiempo que otro le tapaba la boca con un lienzo.

Lidon quiso gritar y no pudo.

Los enmascarados, amenazándole con agudos cuchillos, le ordenaron que les siguiese.

Lidon, abrumado de pena, se vió precisado á seguirles.

La memoria de Nicea á quien volvia á dejar entregada á los mayores peligros, le desgarraba el alma.

¿Qué seria de ella sin su auxilio?